

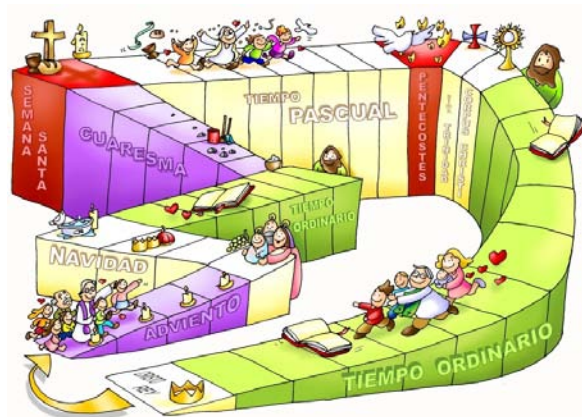


LLEVAMOS UNA BUENA NOTICIA EN EL CORAZÓN

El Evangelio de los domingos en las escuelas Franciscanas Ana Mogas

Después del Adviento y el tiempo de Navidad, hemos celebrado siete semanas del llamado “tiempo ordinario” que ahora interrumpimos para **iniciar la Cuaresma**. Es un tiempo de gracia y conversión, que nos invita a recorrer el camino hacia la PASCUA, acontecimiento central de nuestra fe.

Son cuarenta días, desde el miércoles de ceniza hasta el domingo de Ramos, con el que iniciamos la Semana Santa,



Las lecturas de estos domingos, no continúan el evangelio de San Mateo, como veníamos haciendo. Están seleccionadas por temas que se consideran esenciales en este camino de conversión y preparación, personal y comunitaria, para la Pascua.

La Cuaresma nos invita a pararnos, a serenar el ritmo de nuestra vida, tomar la brújula y dirigirnos “al desierto” para poder escuchar esta Palabra. Nos invita a tomar conciencia de donde estamos y de cómo estamos caminando. A descubrir lo que no nos hace felices, lo que nos esclaviza. En definitiva, la Cuaresma nos invita a **caminar contracorriente** confiando en aquel que lo hizo antes que nosotros y que nos acompaña en nuestro caminar: Jesús



La luz de la Pascua que ilumina toda la Cuaresma, nos recuerda la posibilidad de ser y vivir de una forma “nueva”, de convertirnos, porque al final es Jesús resucitado el que nos espera con los brazos abiertos.

Domingo 1º de Cuaresma

Mateo 4,1-11

En aquel tiempo, Jesús fue llevado al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo.

Para adentrarnos en el sentido profundo de este texto vamos a leerlo en paralelo con otros del Antiguo Testamento que, tanto judíos como cristianos, conocían muy bien cuando san Mateo escribió su evangelio: “*Acuérdate del camino que Yahvé te ha hecho andar durante cuarenta años a través del desierto con el fin de humillarte, probarte y conocer los sentimientos de tu corazón...*” (Dtr. 8, 2)

Para las primeras comunidades cristianas el desierto era el lugar en el que sus antepasados habían experimentado, además de pruebas muy duras, la ayuda diaria y constante de Dios. Jesús pasó las mismas pruebas que su pueblo y las mismas que estaban sufriendo las comunidades cristianas a las que se dirigía el evangelista. Evidentemente son también las que pasamos cada día nosotros. Son las tentaciones de **poder, poseer y parecer**.

El evangelio de hoy no nos ofrece “la película” de los hechos, sino una reflexión teológica muy profunda. Si nos quedamos en el “escenario”, con diablo incluido, y no intentamos entrar en las experiencias hondas sacaremos conclusiones muy infantiles.



Y después de ayunar cuarenta días con sus cuarenta noches, al fin sintió hambre.

El número 40, como casi todos los números que aparecen en la biblia, tiene un valor simbólico. Representa el "cambio", ya sea de una persona, de una generación, de todo el pueblo, etc. Vamos a recordar algunos ejemplos:

“Estuvo Moisés con Yahvé cuarenta días y cuarenta noches sin comer ni beber...” (Éxodo 34, 28) lo más importante no es que comiera o no comiera, sino que cuando bajó de la montaña ya era un hombre nuevo, transformado por la experiencia de Dios.

El profeta Elías temió por su vida y se fue al desierto recostándose sobre una retama. Allí oyó que le invitaban a que se levantara y comiera, porque le quedaba un largo camino. Tomó una torta cocida y un vaso de agua *“y con la fuerza de aquel manjar caminó cuarenta días y cuarenta noches hasta el monte de Dios, el Horeb”* (I Reyes 19, 8) Hoy diríamos: Se preparó intensamente para el encuentro con Dios.

El diluvio “duró” 40 días y 40 noches. En realidad, nos están diciendo que cuando acabó el diluvio las personas que sobrevivieron representaron una nueva generación, una “humanidad nueva”.

Los israelitas no tardaron 40 años en atravesar el desierto, pero durante la travesía sus vidas cambiaron profundamente. Esa experiencia, esa lección, no deberían olvidarla: *“Recuerda las grandes pruebas que vieron tus ojos, los milagros y prodigios, la mano fuerte y el brazo tendido con los que Yahvé, tu Dios, te sacó de Egipto”* (Dtr. 7, 19)

Jesús, después de “ayunar cuarenta días” dejó su vida privada y empezó la pública. Se había experimentado Hijo Amado, se enfrentó al mal y salió del desierto dando un giro profundo a su vida.

El tentador se le acercó y le dijo: «Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes.» Pero él le contestó, diciendo: «Está escrito: "No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios."»

Mateo nos ofrece un texto más amplio que Marcos, incluyendo un diálogo muy significativo entre Jesús y el diablo (que significa adversario, acusador, calumniador). El pueblo de Israel sintió hambre en el desierto, un hambre atroz y añoraron la esclavitud, incluso desearon haber muerto en Egipto. Entonces Yahvé dijo a Moisés: *“Mira, voy a hacer llover pan del cielo para vosotros”* (Ex 16, 4). Dios les había humillado, les había hecho sentir hambre y les había alimentado con el maná *“para que aprendieran que no sólo de pan vive el hombre sino de cuanto procede de la boca de Yahvé”* (Dtr. 8,3)

Entonces el diablo lo lleva a la ciudad santa, lo pone en el alero del templo y le dice: «Si eres Hijo de Dios, tírate abajo, porque está escrito: "Encargaré a los ángeles que cuiden de ti, y te sostendrán en sus manos, para que tu pie no tropiece con las piedras." Jesús le dijo: «También está escrito: "No tentarás al Señor, tu Dios."»

El alero, llamado también pináculo, era uno de los cuatro ángulos del templo de Jerusalén. Pero la esquina a la que se refiere el evangelio estaba situada sobre la gran hondonada del torrente Cedrón. Si se miraba hacia abajo, desde lo alto, podía dar vértigo, porque había un precipicio de más de 180 metros de altura. Algunas veces las autoridades habían condenado

a morir a algunas personas, despeñándolas desde ese alero. Con esta imagen era fácil comprender la locura que suponía tirarse desde lo alto, esperando que los ángeles salieran a recogerte, para evitarte la muerte.

Como este ejemplo no es significativo en el colegio tenemos que buscar otros mucho más cercanos para entender bien cuándo y cómo experimentamos esta tentación. Por ejemplo, cuando pedimos aprobar sin haber estudiado o, peor aún, copiar en un examen sin que nos descubran. Cuando vamos apretando irresponsablemente el pedal del acelerador mientras pedimos a Dios que nos dé un buen viaje, sin incidencias ni accidentes. Podemos caminar hacia el mal, enredándonos en todo tipo de peligros, mientras pedimos a Dios que nos libre de ellos.

Después el diablo lo lleva a una montaña altísima y, mostrándole los reinos del mundo y su gloria, le dijo: «Todo esto te daré, si te postras y me adoras. Entonces le dijo Jesús: «Vete, Satanás, porque está escrito: "Al Señor, tu Dios, adorarás y a él solo darás culto."»

¿Cómo vivió esta tentación Israel? viendo el pueblo que Moisés tardaba en bajar de la montaña se reunió en torno a Aarón y le dijo: Haznos un dios que vaya delante de nosotros.... Aarón fundió el oro, hizo un becerro y el pueblo dijo: “Ahí tienes, Israel a tu Dios, el que te sacó de la tierra de Egipto” (Ex 32, 1-5) Israel se postró ante el becerro de oro, a pesar de que la Palabra de Dios era clara: “Reconoce que Yahvé tu Dios es el verdadero Dios, el Dios fiel que guarda la alianza y la misericordia hasta mil generaciones a los que lo aman y cumplen sus mandamientos...” (Dtr. 7, 9) “No te vayas tras otros dioses, tras los dioses de las naciones que te rodean...” (Dtr. 6, 14)

Hoy los medios de comunicación y las revistas del corazón nos muestran cada día apetitosos “reinos”, llenos de glamour y “dioses” a los que adorar. Nos ofrecen fama, imagen, ser admirados, conseguir todo tipo de caprichos... Para poseer esos “reinos” hay que pagar precios altísimos, a menudo hasta la propia dignidad.

Entonces lo dejó el diablo, y se acercaron los ángeles y le servían.

Jesús se enfrentó al mal, se le presentaron caminos y muy atractivos (“apetitosos”) para cualquier ser humano, pero que le alejaban del sueño de su Abba. Luchó y eligió vivir la voluntad de su Padre. Ojalá el evangelio de hoy nos ayude a darnos cuenta de los caminos que se abren a nuestros pies y aprendamos a elegir bien, como Jesús, nuestro hermano mayor.

Pistas para acoger la Palabra

1. Personalmente

- ✓ Después de leer el evangelio y acoger su mensaje, dejando que cuestione nuestra vida, podemos plantearnos la forma en que queremos vivir este nuevo tiempo de Cuaresma.

- ¿En qué podemos fijarnos este curso en el que intentamos estar atentos a nuestro interior?
 - ¿Cuáles son nuestros motivos profundos para obrar, esos que a veces no nos decimos ni a nosotros mismo?
 - ¿En qué tentaciones solemos caer? ¿En mantener la imagen o el prestigio? ¿El buscar por encima de todo el dinero, la comodidad, el no tener problemas...?
 - ¿Solo “adoramos” a Dios o tenemos otros “dioses” en nuestra vida?
- ✓ Si queremos orientar a nuestros alumnos, es importante que antes lo hagamos personalmente. También a nosotros nos pueden ayudar los comentarios y materiales de este evangelio y todos los ofrecidos para los colegios en esta cuaresma de acuerdo al objetivo del año.

2. En la clase

En este enlace encontrareis sugerencias y abundante material para trabajar este evangelio con los niños de diferentes edades:

<https://docs.google.com/presentation/d/1eE9O-rhQ6ZXe8cvRX3OwrDr8xnvIRMFmsrPp0M8fU24/edit?usp=sharing>

3. En la familia

- ✓ Después de leer el texto y sus comentarios podemos dialogar sobre lo que más nos ha sorprendido, lo que no entendemos, lo que más nos ha gustado...
- ✓ Es importante que, como grupo de adultos, y en familia, nos planteemos las muchas cuaresmas vividas y cómo queremos que sea esta que vamos a empezar. Podemos buscar gestos, detalles, hechos concretos que nos ayuden a recordarlo en casa.
- ✓ ¿Qué tentaciones se nos presentan habitualmente? ¿Qué solemos hacer ante ellas? ¿Cuál es nuestra experiencia de desierto? ¿Qué tiempos podemos reservar esta Cuaresma para vivirla de verdad?